

1798. no son para describirse: los cadáveres cubrían las calles; y los principales de la ciudad que no cayeron en el acto, fueron ajusticiados por orden de Napoleon, que mandó pasear sus cabezas clavadas en la punta de las picas. Sosegado el alboroto, Napoleon abolió el Divan, estableció un gobierno militar y empobreció al pueblo con exorbitantes contribuciones.

Libre del cuidado que le daban los habitantes del Cairo se dirigió á Suez, y se apoderó de esta plaza. Djezzar, Pacha de la Siria, á fin de prevenirse contra la invasion del tirano, ocupaba el fuerte de Arisch en las fronteras del Egipto. Napoleon le hizo proposiciones de amistad, al través de las cuales se descubrian sus pérfidos designios, que no ocultándose á la perspicacia del Pacha rehusó admitirlas; pero Napoleon estaba resuelto á obtener por la fuerza lo

que no podia lograr con su política sa- 1798. gaz. En 10 de febrero de 1799 puso en 1799. movimiento la expedicion contra la Siria: en pocos dias se apoderó de la plaza de Arisch, trató inhumanamente una parte de la guarnicion que cayó en sus manos, y obligó á la restante á capitular, aumentando con los prisioneros las filas de su ejército. Sin arredrarse por las marchas pesadas y por la falta de agua que iban á padecer sus tropas, se internó en el desierto, donde la sola esperanza de vencer alimentaba y daba aliento á sus soldados. Llegó á Gaza despues de sesenta dias de horribles padecimientos, y sin disparar un tiro se apoderó de esta plaza abandonada por los que debian defenderla.

Cinco dias despues llegó delante de Jaffa donde halló una resistencia que mortificó su orgullo con que presumia que á su presencia todo habia de humi-

1799. llarse; mas fue una resistencia que despues de la capitulacion costó bien cara á los que la hicieron, al paso que ennegreó la vida pública de Napoleon con dos feísimas manchas, hechas aun mas visibles con las vanas excusas de los defensores del tirano, que con sofismas trataron de borrarlas. La una fue el horroroso asesinato de los 4,000 turcos prisioneros que componian la guarnicion, á los cuales mandó sacrificar inhumanamente con el frívolo pretexto de que no tenia fuerzas suficientes para guardarlos. La otra fue el haber ordenado que se diese la muerte por medio de veneno á los enfermos de su ejército, á fin de librarlos, decia, de los agudos dolores que les causaba la enfermedad. De este acto de barbarie tratan de defenderle sus panegiristas diciendo que mandó proceder al envenenamiento despues del voto unánime de una junta secreta que

convocó al efecto. Esto, lejos de justificar á Napoleon, prueba que los consejeros que habia escogido eran tan bárbaros é inhumanos como él.

Despues de la toma de Jaffa, y de los actos de tiranía y barbarie con que solia Napoleon marcar todos los pasos de su vida, que no salian sin contradiccion á medida de sus deseos, se dirigió á San Juan de Acre, bajo cuyos muros se habian de estrellar todos los esfuerzos de su ejército, deteniendo el torrente impetuoso de sus victorias. El 19 de marzo llegó al frente de aquella plaza: un prolongado sitio de dos meses apuró todos los conocimientos militares de Bonaparte y de sus subalternos: en este intermedio ganó algunas batallas campales; pero en cambio se dieztaba su ejército cada vez que intentó, siempre infructuosamente, asaltar la plaza. Esto, y los fundados temores de conspiraciones que

1799. se tramaban en el Egipto para sacudir el yugo del tirano, le obligó á levantar el sitio de Acre, y restituirse al Cairo despues de una ausencia de cuatro meses.

Ni el carácter de Bonaparte sabia estar en reposo, ni tampoco se lo daban sus enemigos, siempre en movimiento para vengarse de la agresion injusta. Un ejército turco se preparaba para favorecer á los agraviados del Egipto. Napoleon tuvo noticia del desembarco efectuado en Aboukir, protegido por la escuadra inglesa. Al momento reunió 25,000 hombres, que al llegar á Aboukir se precipitaron con furor sobre los turcos, los cuales en pocas horas fueron derrotados, y los que no quedaron muertos ó prisioneros se anegaron en el mar. Esta victoria no fue debida exclusivamente, como otras, al talento de Bonaparte: contribuyó á ella la superioridad

numérica de sus fuerzas; pues el ejército turco constaba solo de 18,000 hombres.

En esta época fue cuando Napoleon hubo de pensar en llevar á efecto el grande plan, que su ambicion le habia hecho concebir, de mandar á los pueblos que sojuzgaba, ya con su talento, ya con su perfidia, no como súbdito de una República, sino como soberano de una nacion, que años hacia estaba sacrificando millones de sus hijos á la sombra de una libertad que no hacia mas que perpetuar la revolucion en su seno. Bonaparte salió de Francia llevándose el afecto de sus conciudadanos. El feliz éxito de su expedicion al Egipto, la fama de sus victorias, aumentada con las relaciones exageradas que sus aduladores tenian buen cuidado de publicar, y los agentes que tenia en París, en particular sus hermanos, interesados en promover su elevacion, le daban tal impor-

1799. tancia, que en todas las necesidades de la República era considerado por la multitud como el único hombre capaz de salvarla. Puede decirse que no tenia por enemigos sino los gefes de los partidos que se disputaban el mando, y á quienes por esta causa Napoleon hacia sombra. Cabalmente se hallaban entonces en la mayor consternacion, por los funestos golpes que las armas de la República habian recibido en Italia, y por los nuevos desastres que las amenazaban á causa de los inmensos preparativos que hacian el Austria y la Rusia. Las necesidades de su patria habian de ser el pretexto para dejar el Egipto, que indudablemente iba á ser su sepultura como lo fue de su ejército, así como habia sido por el espacio de mas de un año el teatro de sus triunfos; pero las divisiones intestinas que despedazaban la Francia por el encono é irreconcilia-

cion de los partidos, eran lo que mas 1799. llamaba su atencion para sofocarlas con un solo golpe de su mano de hierro, y en provecho suyo. Le ofreció la coyuntura favorable una comunicacion que recibió del Directorio de fecha 26 de mayo de este año, que le llamaba á toda prisa con su ejército para defender su propio país; y solo le autorizaba para dejar una parte de él en el Egipto en caso que lo juzgase conveniente.

Napoleon conoció los retardos y las dificultades que habia de ocasionarle el embarque de su ejército, y confiando el éxito de las nuevas empresas á su audacia, á su sagacidad y á su talento, resolvió abandonar el ejército, y salir del Egipto solo con los generales de su mayor confianza. Estos fueron Berthier, Murat, Lannes, Andréossy y Marmont. La cosa se preparó con el mayor secreto: dejó las instrucciones para el ejérci-

1799. to, con una proclama al mismo, y otra á los pueblos de Egipto cerradas en un pliego que no debía abrirse hasta despues de su partida. El general Kléber fue nombrado para encargarse del mando. Son notables las palabras que Napoleon dijo al general Menou en el momento de embarcarse: «Voy á acabar «con el imperio de la charlatanería, como tenga la fortuna de poder poner «los piés en Francia.»

En fin, dispuestas todas las cosas se embarcó en Alejandría á las diez de la noche del 22 de agosto, y habiendo podido escapar á la vigilancia de los cruceros ingleses tuvo la felicidad de llegar á Frejus sin el menor contratiempo en 9 de octubre.

La noticia de haber pisado Napoleon el suelo francés embriagó de gozo á todos los habitantes de Frejus, y luego se propagó con la rapidez del rayo por to-

da la Francia. Los jacobinos eran los que entonces dominaban; y el terror que inspiraban al país, y la esperanza que tenian los pueblos de que Bonaparte rompería el pesado yugo que les oprimia, hizo que fuese recibido como su libertador; y la carrera de Frejus á París se vió inundada de una inmensidad de gente que acudia de todas partes con no interrumpidas demostraciones del mas vivo entusiasmo.

Llegó á París el 16 del mismo mes, y al momento pasó á la sala del Directorio. A las aclamaciones de un pueblo inmenso se juntaron los vivas de los soldados de la guardia, vivas que salian de sus corazones enagenados de gozo. En aquella sesion se portó con la mayor reserva. Dió parte al Directorio del estado de las cosas en Egipto: manifestó, que afligido por las calamidades que desolaban la Francia, habia acudido á ofrecer

1799. su persona para defenderla: protestó y juró por su espada que su repentina salida de Egipto no habia tenido otro objeto que un noble desinterés personal nacido del celo con que atendia á la salvacion de su patria. Con estas engañosas protestas adormeció al Directorio, y entre tanto fue preparando el golpe.

Su conducta en los dias que precedieron al trastorno del Gobierno republicano fue la mas reservada é indifferente en la apariencia. La fermentacion de los partidos habia llegado al colmo. El mismo Directorio estaba dividido, y sus miembros eran las cabezas de las tres grandes facciones que dividian la Francia republicana. Moulin y Gohier eran los gefes de los demagogos. Sieyes el de los moderados. Barras el de los especuladores que solo ambicionaban el triunfo para entregarse á los placeres. Fouché que por su ligereza é inconstan-

cia, que fue su carácter en todas las épocas de su vida, no era admitido en ningun partido, se puso al frente de los amigos de Napoleon. Cada gefe arreglaba sus planes para producir en la capital de Francia un movimiento en favor del partido que representaba y para la caida de sus adversarios; pero todos conocian que ningun plan podia tener un éxito favorable sino era ejecutado por Napoleon. Así cada cual procuraba atraerle y ganarle: Bonaparte los admitia á todos, á todos halagaba, y á todos ofrecia promesas y esperanzas: cuando conversaba con Gohier era demagogo: cuando Sieyes le hablaba de la constitucion que en la extravagancia de su imaginacion habia formado, aprobaba su metafísica ininteligible; y cuando Barras le ponía á la vista las ventajas de un gobierno que tuviese por objeto las comodidades de la vida animal, con-

1799. textaba como un hombre que no atendía sino á los placeres de la naturaleza. En medio de la sagacidad con que hablaba á cada uno el lenguaje mas acomodado á sus deseos, no se olvidaba de protestar á todos que él nada quería en su favor, y solo admitiria el cargo que se le diese para servir de instrumento á la felicidad de la República.

Quando Napoleon vió á Fouché que se agregaba á sus amigos por necesidad, y á Talleyrand que tambien se reunia á los mismos por la prevision que tenia de lo futuro; conoció indudablemente que él mismo era ya un partido, y que para el triunfo no necesitaba sino valerse de los demas para derribarlos á todos, aparentando que iba á proporcionar la victoria á cada uno de ellos. El golpe debia darse con semblante de legalidad, y el primer paso habia de ser quitar el estorbo del Cuerpo legislativo.

El Consejo de los ancianos, segun la 1799. Constitucion entonces vigente, tenia facultades para trasladarlo; y en el último conciliábulo que se tuvo en la reunion de los amigos de Napoleon, se resolvió que Sieyes, de grande influencia en el Consejo, manejase el negocio. El dia 9 de noviembre fue el destinado para el efecto.

Napoleon tenia avisadas á cuantas personas de mas influencia militar habia en París, á fin de que se reuniesen en su casa el dia señalado. En medio de la reunion se leyó el decreto que acababa de firmar el Consejo de los ancianos, cuyo contenido era: «Que el Cuerpo legislativo debia trasladarse á Saint-Cloud: «Que la traslacion se habia de verificar «al dia siguiente: Que Napoleon quedaba encargado de la ejecucion del decreto, á cuyo fin se ponian á sus órdenes toda la 17.<sup>a</sup> division militar, la